

Ideología y claridad. Las opciones del pensamiento de Ventura Marín y Miguel Varas

CECILIA SÁNCHEZ

I. Condiciones políticas de la filosofía decimonónica en Chile

Desde hace aproximadamente una década me ha llamado la atención el pensamiento de Ventura Marín, en especial porque sus escritos son anómalos para una época en que prima el activismo más que el pensamiento. Este pensador es uno de los iniciadores del estudio de la filosofía de carácter republicano, cuyo ejercicio se desarrolló principalmente en el Instituto Nacional, primero como alumno y luego como profesor.

En mi caso, dadas las dificultades que tuve en la Biblioteca Nacional para acceder en ese período a su primer libro (escrito en compañía de Miguel Varas) titulado *Elementos de ideología* (1830), debí ceñir mi estudio a su segundo libro, *Elementos de la filosofía del espíritu humano*, publicado el año 1834.¹ En esta ocasión, intentaré hacerme cargo de la

¹ Este estudio formó parte de un proyecto de investigación financiada por Fondecyt el año 1991. Se publicó bajo el título "Recepción, productividad y expatriación. Influencia anglo-francesa en el pensamiento de Ventura Marín", en: *Mapocho*, N° 34, 1993, pp. 201-12.

deuda que he mantenido con su primer libro. Por este motivo, mi comentario se refiere especialmente a *Elementos de ideología*.

Antes de comenzar, indico el punto de partida y la hipótesis de lectura que mantengo en mis escritos sobre filosofía en Chile y en Hispanoamérica, según el cual las condiciones políticas e institucionales condicionan escenas de lectura y de escritura. Por esta razón, inicio este artículo caracterizando las condiciones institucionales y políticas que les permitieron a los autores mencionados recepcionar las corrientes filosóficas que tenían una intención crítica hacia el pensamiento colonial. Este propósito bien podía resultar amenazante para el despotismo antidemocrático vigente en la época. Como se sabe, la década del 30 del siglo XIX en Chile estuvo marcada por la autoritaria sentencia de Diego Portales, para quien la democracia era impracticable en Hispanoamérica. Podría conjeturarse que la falta de “calma” y “serenidad” para pensar, aludida en la “Advertencia” del libro de Marín y Varas, es de índole política. La advertencia es la siguiente:

Hacemos esta advertencia no para que se piense que hemos contraído algún mérito, sino por excitar la indulgencia a favor de una obra compuesta entre las ocupaciones de nuestro destino y las circunstancias del país, que alejan la calma y serenidad necesarias para contraerse a las ciencias abstractas. (Marín y Varas, 1830: 2)

En relación a las condiciones teóricas del libro, cabe destacar la importancia que empieza a tener en Chile la enseñanza de la filosofía moderna. Con su recepción se validaba un aparato de conceptos en donde sobresale la palabra “progreso”. Esta palabra se enmarca en el significado de lo que en esa época se denominó la “marcha del entendimiento humano”. Se sabe que Ventura Marín y Miguel Varas fueron influidos en sus opciones teóricas por Carlos Ambrosio Lozier, primer Rector extranjero del Instituto

Nacional. Se trataba de un ingeniero francés, preocupado de profundizar –con métodos prácticos y modernos– el estudio de las matemáticas. Estimuló, asimismo, el estudio de las letras mediante la creación de una sociedad literaria. En aquella sociedad, a la que por cierto pertenecieron Marín y Varas, Lozier dio a conocer libros de filosofía, gramática y ciencia de corte moderno.²

El acceso a la nueva bibliografía cabe calificarla de inédita para la época. Según Luis Oyarzún, escasamente se impartió esta enseñanza en Chile antes de 1830. Con el Liceo de Chile, fundado por José Joaquín Mora, puede decirse que se inicia una educación liberal y científica. En dicha institución circularon los escritos de muchos de los autores que Marín y Varas habían leído por su cuenta (Locke, Condillac, De Tracy, Malebranche y la escuela escocesa, entre otros). En el contexto del Liceo y de sus clases particulares, Andrés Bello se había preocupado de traducir a Locke y a Cousin, además de otros autores.³

Respecto de las condiciones políticas que acompañaron los afanes especulativos del pensamiento en Chile durante el siglo XIX, Oyarzún afirma que el drama de los intelectuales de la época consistía en la urgencia de volverse hacia la vida de la acción, debiendo repartir sus vidas entre la política y las letras.⁴ De aquel drama no estuvo exento Ventura Marín, de quien se sabe que, además de profesor y escritor, fue abogado y diputado. Ventura Marín fue especialmente reconocido en su trabajo teórico y pedagógico por Andrés Bello y por José Miguel del Solar. En 1836, Diego Portales le solicita que ejerza como Ministro de Gobierno, cargo al que Marín renuncia a los pocos días. El contrasentido de la forma de vida e intereses de este pensador es que, inscribiéndose en la filosofía moderna y en la política de su época, en 1838 se apartó por completo del mundo y del pensamiento, terminando sus días recluso en la Recoleta Franciscana. Según se ha dicho, este giro se debió a una decepción amorosa que desencadenó su locura.⁵ De

² Este antecedente se señala en el libro de Amunátegui Solar, Domingo, *Los primeros años del Instituto Nacional*. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1889, p. 5.

³ Oyarzún, Luis, inicia su introducción al pensamiento de Victorino Lastarria caracterizando la vida intelectual en Chile y las lecturas realizadas desde los inicios del siglo XIX. Ver *El pensamiento de Lastarria*, Santiago de Chile, Editorial Jurídica de Chile N° 33, Vol. XXIII, 1953.

⁴ *Ibid.*, p. 15.

⁵ Figueroa, Virgilio, se refirió a la decepción amorosa que dio curso a la locura de Ventura Marín en: *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico, 1800-1931*, Tomos IV – V. Santiago de Chile, Le Brun Zurita, San Francisco N° 982, 1931, p. 13.

modo muy escueto, Oyarzún menciona que Ventura Marín pierde la razón a los pocos años de publicar el segundo de los libros citados. A su vez, una situación insólita y dramática también alcanzó a su colaborador Miguel Varas. En su caso, Oyarzún señala que, poco antes de la locura de Marín, Varas muere en un naufragio.⁶ Si bien cabría indagar y elaborar más esta escena en la que la irracionalidad del amor y de la muerte cae sobre estos autores, prefiero dejar los puntos suspensivos que son propios de la vida humana.

II. El sensualismo y la ideología en latinoamérica

Respecto del término “Ideología”, invocado en el título del libro que comento, adelanto que formó parte de una de las vertientes del pensamiento racionalista que adhirió a los principios básicos de la Enciclopedia. Para Destutt de Tracy, “Ideología” es la ciencia de las ideas en el sentido de las representaciones de la sensibilidad psicológica.⁷ Posteriormente, el estudio de la “Ideología” se confundió con la filosofía sin más. En cierto modo, se trata de una filosofía militante que expresa la emergencia de una visión cuyo eje es la experiencia en vez del innatismo de la conciencia. Planteada en estos términos, esta filosofía se compromete con los principios de la libertad y del progreso. En cierto modo, el libro de Marín y Varas es una réplica a escala del libro *Éléments d’Ideologie* de Antoine-Louis-Claude Destutt de Tracy, compuesto de cuatro volúmenes, publicados sucesivamente en 1801, 1803, 1804 y 1815. El propósito de esta filosofía es compatibilizar al entendimiento humano con las leyes de una racionalidad que confía en la perfectibilidad moral y científica. En el transcurso de los siglos XVII, XVIII y XIX, aparece primero el racionalismo universalista practicado en la Abadía Port Royal por Antoine Arnauld, Claude Lancelot y Pierre Nicole, quienes escriben la *Grammaire*

⁶ Oyarzún, Luis, *El pensamiento de Lastarria*, ed. cit., p. 23.

⁷ Sobre este punto véase Ardao, Arturo, *Andrés Bello, filósofo*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1981, p. 62.

général et raisonné (1660) y la *Logique* (1662). En los siglos XVIII y XIX, entre los más destacados representantes de la corriente sensualista se encuentra Locke, Condillac, Destutt de Tracy y De Gerando. En su libro *Essay concerning human understanding* (1690), Locke dirá que las ideas innatas del cartesianismo formaron parte de las quimeras o idealismos, pese a conservar el andamiaje del análisis cartesiano. La operatividad de este análisis consiste en ir –por descomposición– de lo conocido a lo desconocido. Para el filósofo inglés, el conocimiento sólo es posible en la puesta en relación de ideas abstractas de origen sensible, cuyo enlace se expresa en un lenguaje corregido por la lógica. Pese a lo dicho, se da cuenta que actividades como el pensar, dudar, creer, desear, entre otras, son operaciones cuya fuente no procede de los sentidos, aunque igualmente las llama “internal sense”.

Condillac, por su parte, junto con heredar los problemas y la forma del liberalismo empirista de Locke, radicalizó sus conclusiones. En especial, se destaca por suprimir el dualismo que hizo oscilar a Locke entre sensaciones externas e internas. En su caso, afirmó que no existen dos fuentes de nuestras ideas; el conocimiento del mundo externo se produce por la intermediación de la percepción sensible: tal es la regla que rige su *Traité des sensation* (1754).

La “sensación” es un principio que no permite descubrir “la causa”, pero permite observar y deducir los “efectos”. Dicha aseveración cambió el curso de la pregunta por las primeras causas de la filosofía tradicional. Asimismo, el “alma” y su operación apriorística deja de ser el centro u origen del pensamiento, ya que se la conoce como efecto; ahora es la *experiencia* la fuente que no puede revocarse ni ponerse en duda.

Posteriormente, uno de los discípulos más cercanos a Condillac es De Tracy, quien se resiste a seguir usando la palabra “metafísica” (invocada por Condillac, según se especificará más adelante). En “Avertissement de l’auteur” de su libro *Éléments d’Ideologie*,

reeditado en 1804, Destutt de Tracy reprueba el nombre “metafísica” y propone el de “Ideología” o “filosofía primera”, entendida como una “ciencia de ideas”. El campo de esta ciencia se extiende a todas las ciencias humanas, cuyo fundamento es el “hombre sensible”; en especial, comprende a la gramática, a la lógica y a la política. Sin embargo, es Napoleón Bonaparte quien usa peyorativamente el tilde “ideólogo” para descalificar a sus adversarios políticos en el contexto de una polémica contra la filosofía francesa del siglo XVIII, rebautizada de “sensualiste” en la Universidad de la Restauración. Según uno de los comentaristas más recientes de la obra de Destutt de Tracy, para Marx la *ideología* es una forma histórica propia del sistema francés, y en *El Capital* llegó a calificar la lógica de Destutt De Tracy de “cretinismo burgués”.⁸

Tras la corriente de los sensualistas o ideólogos, emerge el eclecticismo y el positivismo. Dichos postulados se irían haciendo parte de los cambios políticos, económicos y científicos de la era industrial, proyectándose en el lenguaje bajo figuras discursivas que controlan la estructura secuencial de una frase y el orden de los signos.

En el caso de los hispanoamericanos, la ideología es recepcionada a través de la lectura de Destutt de Tracy, convirtiéndose en doctrina oficial en las instituciones de la enseñanza secundaria y superior, en el entendido de que con ella se forman ciudadanos ilustrados, útiles para la nación.

En la Cuba colonizada de comienzos del siglo XIX, el presbítero Félix Varela sobresalió como sensualista, en su papel de primer impugnador de las modalidades lógicas y retóricas que juristas, teólogos y letrados en general empleaban en la discusión, ocasionándole tropiezos al entendimiento. Inspirado en los principios lógicos que el ideólogo Destutt de Tracy desarrolla en *Éléments d'ideologie*, en las ideas empiristas de Locke en el *Essay concerning human understanding* y en el sensualismo de Condillac en su *Traité des sensations*, entre otros, Varela se dedicó a desbaratar el aparato silogístico

⁸ Kennedy, Emmet, “Aux origines de l'idéologie”, *Corpus* N° 26-7, 1994, número dedicado al pensamiento de Destutt de Tracy, pp. 11-32.

del escolasticismo y sus formas de saber que, extrapolados a la política, sacralizaban poderes y argumentos sin fundamento racional. Si bien mantuvo sus ideas religiosas, este pensador del Seminario de San Carlos se dedicó a corroer los soportes más conservadores de la colonia en su libro *Miscelánea Filosófica* (1819), entre otros escritos y discursos, debiendo partir al exilio en los Estados Unidos en donde muere. De igual modo, los argentinos Juan Crisóstomo Lafinur y Juan Manuel Fernández de Agüero renovaron la enseñanza de la filosofía siguiendo las orientaciones de dicha corriente, motivo por el cual terminaron siendo perseguidos. También tuvo importancia Luis José de la Peña con su libro *Lecciones de filosofía* (1827).⁹

El caso de Simón Rodríguez es muy especial; puede ser visto como un ideólogo o un experimentalista extremo. En su libro *La ciudad letrada*, el uruguayo Ángel Rama lo incluye en el grupo de los “nuevos letrados” que, incorporados a la letra, desafían el poder del antiguo letrado.¹⁰ Esta nueva denominación se debe a que Rodríguez se ubica del lado de los críticos de la metafísica de la razón abstracta del siglo XVII; aquellos que, como Descartes, Wilkins (quien causó la admiración de Borges) y Leibniz, buscaron lenguajes universales. A diferencia de los universalistas, los ideólogos del siglo XVIII y XIX exigen la *corrección* de las lenguas existentes para asegurar una comunicación esclarecida y un orden fraterno, de acuerdo a las sugerencias de Locke, de Tracy y Joseph-Marie Degerando.¹¹ De estos autores, entre otros, provienen las ideas que sostendrá Rodríguez respecto de la lengua. Su intención era crear una nueva forma de sociabilidad que entra en disputa con las ideas *a priori* de los innatistas. En oposición a Andrés Bello que convierte al letrado en el sujeto de la sociedad republicana, los escritos de Rodríguez tienen la intención de tomar en cuenta a la plebe analfabeta que no quiere ser pasiva frente a los poderes absolutos. Sus intereses tipográficos son pedagógicos al mismo tiempo que estéticos. Para este autor, la página de una hoja de papel cobra la dimensión de un escenario

⁹ Jalif, Clara Alicia da cuenta del pensamiento de este autor en “La migración de las ideas: cuando la ideología cruzó el Atlántico”, en: *Repensando el siglo XIX desde América latina y Francia. Homenaje al filósofo Arturo Andrés Roig*. Buenos Aires, ediciones Colihue, 2009.

¹⁰ Rama, Ángel, *La ciudad letrada*. Santiago, Tajameres Editores, 2004, p. 99.

¹¹ Eco, Umberto, hace notar que Locke (*Ensayos*, X) señala los límites de la lengua natural y propone normas para evitar los abusos de significado. Ver “De Leibniz a la *Enciclopedia*”, en: *La búsqueda de la lengua perfecta*. Barcelona, Crítica, 1999, p. 244.

en el que resaltan letras de distintos tamaños y tipos, cuyo propósito es el énfasis de conceptos e ideas. A tal recurso logográfico lo llamó el “arte de pintar las ideas”. Bajo este estilo de escritura, desarrolla su libro *Sociedades Americanas* (1828).¹²

En las instituciones americanas, los ideólogos mencionados producen un desplazamiento desde las ideas escolásticas a las fundadas en la ciencia. En cuanto a su influencia, la vertiente de la ideología tuvo especial significación en Argentina y Bolivia cuando ya comenzaba a ser olvidada en Europa. Una primera traducción de Destutt de Tracy es publicada en 1832 en Bolivia, con prólogo de un traductor casi anónimo. En la carátula del prólogo, éste no hace saber su procedencia y firma con un enigmático “Mariano S”. En 1834, aparece una nueva traducción del libro del autor francés, esta vez realizada por el presbítero Juan Justo García, procedente de la Universidad de Salamanca. La aparición de tales traducciones revela la importancia concedida a dichas ideas, ya que según Simón González, “en Bolivia no hay imprenta que publique más de un pliego”.¹³

¹² Roig, Arturo Andrés, al referirse a Simón Rodríguez y su orientación de ideólogo, atiende a su gramática impura, cuya sintaxis es capaz de resucitar ideas de modo teatral. Hacer “vivir” a las ideas consiste en sacarlas de los recintos mortuorios de la escritura al momento en que se las lee en voz alta. Por la vía de la declamación se accede al lenguaje de las manos, de la pronunciación y de la acentuación para razonar a partir de lo sensible. Ver “Semiótica y utopía en Simón Rodríguez”, en: *Solar. Estudios Latinoamericanos*, Santiago de Chile, 1995.

¹³ Francovich, Guillermo, *La filosofía en Bolivia*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1945, p. 67.

III. La ideología y la exigencia de claridad

En la primera parte del libro, Marín y Varas elaboran una historia de la filosofía cuyo propósito es la identificación de los momentos del extravío, quimeras y los errores de la razón humana. Bajo esta perspectiva, se organiza un itinerario bastante apegado a los criterios de Joseph-Marie de Degerando y de Antoine-Louis Destutt de Tracy. La dependencia con los supuestos y afirmaciones de los ideólogos franceses es explicitada en una de las notas del libro.

En la página inicial del libro, los autores chilenos les advierten a quienes serán sus lectores que han debido “rehacer” sus opiniones para realizar el trabajo de revisión de

la “marcha de la razón”, puesto que no eran más que quimeras. A su vez, en virtud de la importancia otorgada a la “claridad”, recalcan que han debido olvidar la belleza del “estilo” relativo al arte de escribir:

Escrita para nuestros alumnos, ha sido preciso atender ante todas las cosas a la claridad y precisión, sin detenernos en las bellezas del estilo. (Marín y Varas, 1830: 2)

Sin embargo, estas advertencias sólo en apariencia son decisiones personales. Por exigencia de las nuevas doctrinas, la manera clara y simple de escribir forma parte de una de las prescripciones de los ideólogos de mayor reconocimiento. Para Destutt de Tracy, por ejemplo, la mejor forma de escribir es aquella que representa las ideas de una manera cómoda, precisa, exacta. En el segundo tomo de *Éléments d'Idéologie* (dedicado a la gramática), señala:

on ne manquera pas dire que la langue que je propose serair traînante, monotone, sans grace, et peu propre aux mouvements de l'élocuence. Comme, quand on ne se propose que clarté et verité, ne pas paraître bien stérile à certaines personnes? Cependant je crois ces objections plus apparentes que reelles. (De Tracy, 1825: 269-70)

Desde el eclecticismo y la escritura neoclásica, Andrés Bello se incomoda con el estilo seco de los escritos de los ideólogos, en especial debido a que consagran una discursividad lógica que se aparta de la estética del letrado tradicional. En su discurso de instalación de la Universidad de Chile, entiende que la impronta neoclásica de las bellas letras, tiene la distinguida misión de “pulir las costumbres” y “afinar el leguaje”, para que el entendimiento sea un punto de llegada. Para Bello, el paradigma de la elocuencia de las letras, más que pura distinción, forma parte, según indica Julio Ramos, de la

necesidad moderna de formar sujetos disciplinados que deben aprender a moverse en el medio de la gramática.¹⁴

Debo adelantar que Marín y Varas no le advierten al lector(a) desde el inicio la extraña forma en que finalizan su libro. Si bien el libro parece concluir en la fundación del sistema del entendimiento humano, el texto que sigue es una suerte de añadido cuyo propósito se explica en una nota. Por las quejas emitidas, se sabe que la conclusión se les descontrola poco antes de la impresión del libro. El manuscrito se encontraba en prensa cuando advirtieron las discrepancias que les fue ocasionando el trazado del libro. Las discrepancias las explicitan al finalizar el escrito, momento en que retoman ciertas aseveraciones que se reparten a lo largo del libro. De forma alternada se critican uno al otro y subrayan los malos entendidos acerca de las doctrinas leídas. Es necesario tener en cuenta esta situación de *desacuerdo* cuando se accede a esa parte del libro, tras haber sorteado los amplios y detallados argumentos y descripciones de cada una de las etapas por la que transita el arte de pensar. En todo caso, aclaro que no entraré a caracterizar el detalle de ese intercambio de opiniones por tratarse de sutilezas conceptuales de la escuela de los ideólogos.

El trazado de la historia de la filosofía del que se ocupan Marín y Varas contabiliza cinco períodos de la historia de la razón occidental. El punto de partida se fija en el trecho que va desde Tales a Anaxágoras. Sigue con el período iniciado por Sócrates hasta la aparición de Cristo. En tercer lugar, el punto de partida es Cristo hasta el reinado de Carlo Magno. En cuarto lugar, se considera el tramo que va desde Magno a la aparición de Bacon. Finalmente, el quinto período comprende desde Bacon hasta el momento de la publicación del libro.

Cada período es tomado como un “tronco” o “familia” de ideas y es comentado conforme al criterio de acercamiento o distancia respecto del momento en que la experiencia

¹⁴ Ramos, Julio, examina esta preferencia de Andrés Bello por las Bellas Letras en “Saber decir: lengua y política en Andrés bello”, en: *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. Santiago de Chile, Cuarto Propio y Ediciones Callejón, 2003.

comienza a ser validada. La lógica basada en axiomas constituye el error y encarna a la antigua metafísica que comienza a ser superada en el período en que se producen los acontecimientos modernos. Se enaltece especialmente el pensamiento de Bacon y su espíritu de observación de la naturaleza que derivó de una filiación con el viejo Heráclito.

En su lectura del libro *Essai sur l'origine des connaissances humaines* de Condillac, Jacques Derrida señala que el cometido del autor fue sustituir la metafísica de las esencias y de las causas por una “buena metafísica” que diera cuenta de los orígenes experienciales de las ideas, en la que incluye a las leyes de la historicidad y del progreso. La nueva forma de razonar se anuncia desde una gramática que, al trazar la génesis de las ideas, activa una cadena de operaciones psíquicas que rompe con la “mala metafísica” de la tradición aristotélica.¹⁵

Como se dijo anteriormente, en el trazado general de este recorrido la tensión se establece primero entre dos metafísicas que se reclaman primeras: la metafísica de los principios y de las causas busca un *arjé* inicial, por oposición a la metafísica que busca en la experiencia un *télos* o camino hacia la verdad. Este período, si bien segundo en el orden de las secuencias, se proclama la nueva matriz. Debe entenderse que esta matriz es fundacional porque instituye la ley del progreso de las ciencias sobre la base de un método dinámico de observación, en ruptura con el procedimiento estancado de los debates silogísticos.

Desde este esquema, Roger Bacon es el moderno investigador experimental, aquel que, según Heidegger, se reclama el sucesor de Aristóteles, cuyos principios se extendieron a la escolástica que “no investiga” sino que “comprende” la palabra que las autoridades proclaman y argumenta sobre la base de opiniones doctrinales. Por el contrario, Bacon exige el *experimentum*. Es decir, propone el *argumento ex re* en vez del *argumento ex verbo*.¹⁶ Se trata de la experiencia u observación de las cosas mismas que

¹⁵ Derrida, Jacques, *L'arqueologie du frivole. Lire a Condillac*. Paris, Bibliothèque Médiations, 1973, p. 11-9.

¹⁶ Ver Heidegger, Martin, “La época de la imagen del mundo”, en: *Caminos de bosque*. Madrid, Alianza Editorial, 1998, p. 68.

no se limita a una simple constatación o descripción de hechos. Más bien se rige por un proyecto anticipador, abierto por la experiencia y reconvertida en método. Heidegger afirma que esta concepción del conocimiento en tanto investigación es una metafísica que hace que lo ente se disponga al poder de la “representación”, a un cálculo que, por adelantado, fija un transcurso que convierte la certeza en verdad.

De acuerdo al comentario de Heidegger, este tipo de metafísica alterna “subjetivismo” y “objetivismo”, en la medida en que propicia la conversión de lo humano en *subjectum*. Esta palabra designa lo que “reúne todo sobre sí” y que, por lo mismo, es un centro de referencia de lo ente o una “moderna imagen del mundo”. El aspecto conflictivo de la concepción subjetiva de la imagen o representación humana es que está llamada a desplazar al *ens creatum* en calidad de causa suprema.¹⁷ Podría decirse que el valor de lo nuevo, permitido por este proceso que se despoja de las referencias providenciales y de la tradición, predispone a una suerte de fatalidad del progreso de superación.¹⁸

De acuerdo a lo que señalé más arriba, la tensión se produjo entre dos metafísicas que llegaron a entrar en coalición o ruptura, en el horizonte de acontecimientos tales como la aparición de la brújula, de la imprenta, la reforma de Lutero y de Calvino y de las preguntas que abrió el descubrimiento de América.¹⁹

Además de destacar la tensión o ruptura entre las dos metafísicas señaladas, el libro de Ventura Marín y de Miguel Varas indica una segunda tensión a la que Heidegger no se refiere. La nueva tensión se desarrolla al interior de la modernidad, en el período en que llegaron a coalicionar dos modelos o “bandos”: el que viene de la experiencia y el de las ideas abstractas. Se trata de la discrepancia que disoció la “episteme clásica” que discierne certezas representadas por ideas claras que ordenan y miden relaciones, según la identifica Foucault²⁰, y la concepción de los ideólogos que reniega de las ideas innatas y se vale de signos arbitrarios que permiten combinaciones y análisis de las

¹⁷ Ibid., p. 72-5.

¹⁸ Vattimo, Gianni, enfatiza este aspecto de la modernidad que convierte lo nuevo en rutina. Ver “La estructura de las revoluciones artísticas”, en: *El fin de la modernidad*. Barcelona, Gedisa Editorial, 1998, p. 93.

¹⁹ Estos acontecimientos son señalados por Marín y Varas al momento de hablar del quinto y último de los períodos descritos.

²⁰ Ver Foucault, Michel, “Representar”, en: *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2002.

cosas y acceden a sus elementos más simples. Esta coalición es la que se hace patente en el libro que comento cuando los autores mencionan de Locke el *Ensayo sobre el entendimiento humano*. El libro es celebrado como “clásico”, pues entra de lleno en el terreno de la teoría de las sensaciones al descartar por completo la existencia de un tipo de ideas que puedan identificarse, como lo hizo Descartes y sus seguidores, con ideas innatas. De modo que, de acuerdo a la célebre sentencia del filósofo inglés, “todas las ideas nacen de los sentidos”. Según podrá apreciarse, la tensión de la que hablo tiene que ver con el resquebrajamiento del racionalismo apriorístico de raigambre cartesiana. Bajo los parámetros sensualistas, las ideas innatas formaron parte de las quimeras o idealismos que los ideólogos condenaron con severidad. Curiosamente, la crítica de Locke también alcanzó a Bacon y su experimentalismo, a quien lo percibe encerrado en un empirismo simple que no puede salir de ejemplos particulares. Para Locke, en cambio, el conocimiento sólo es posible en la puesta en relación de ideas abstractas de origen sensible, cuyo enlace se expresa en un lenguaje corregido por la lógica.

Pese al enorme reconocimiento entregado a Locke, nuestros autores muy pronto lo dejan de lado debido a ciertos vacíos que no pudo resolver. Como señalé más arriba, Locke influye poderosamente en Condillac. De modo que Marín y Varas pasaron rápidamente a aplaudir de este último su teoría de las sensaciones. Luego, como suele ocurrir en Latinoamérica, dado que un autor o teoría se sostiene hasta que aparece una nueva, el aplaudido será su discípulo Destutt de Tracy, quien termina reemplazando a Condillac en las consideraciones teóricas de nuevo cuño. La pregunta que orienta sus posteriores caminos se mueve en el paralelismo entre las ideas especulativas y las de la experiencia. Las primeras, apreciadas desde el lado del error, y las segundas aclamadas por evidenciarse como verdades que propician las ciencias físicas y políticas.

Asimismo, los nombres mencionados en el capítulo “Ideología propiamente dicha”: Laromiguière, De Tracy, incluido Kant, serán convocados para discernir acerca de las facultades y de las ideas que operan al momento de pensar. Se resaltan las impresiones y asociaciones en las elaboraciones de las ideas, sin que podamos llegar a conocer nuestra alma más que por sus efectos, aunque se le suponga una interacción con la materia. Esta vía conlleva nuevas condenas. Por una parte, reniegan de los mecanicismos del materialismo y, por otra, destacan los errores del idealismo que deriva toda la actividad de las ideas del espíritu.

Las secciones del libro que se ocupan de la “Gramática general” y de la “Lógica”, tienen el interés de enfatizar la necesidad de mostrar el nexo entre las sensaciones y los sistemas de signos que posibilitan su comunicación. Por cierto, los enlaces adecuados son los que convierten a la palabra en una representación de la idea. Desde la matriz de la ideología, la palabra deja de ser la memoria de un sentido aprendido y pasa a ser un vehículo representativo de verdades que tiende a esquivar la opacidad de presencias, adornos, memorias o figuras trópicas que no posean la condición de ser ideas unívocas. En este sentido, el lenguaje no es un acto esencial, es un suceso discursivo, movilizado por partículas cuyos enlaces permiten al entendimiento captar el sentido. Por lo tanto, no importa tanto lo que se dice como lo que se quiere designar. Ante todo, se quiere ser transparente y funcional ya que se debe “calcular las ideas” mediante el signo.

Así, el vocabulario recibido se vuelve objeto de sospecha si es que se quiere fundar una ciencia en su poder comunicativo. La lengua revisa y reforma su sintaxis, examina su orden al momento de la construcción de las frases. En virtud de este propósito, Varas y Marín mencionan el poder del verbo “ser”²¹, el de la conjunción “que”, análogos a la capacidad de unión de la proposición “de”, entre otras. También aluden a los géneros gramaticales empleados respecto de los seres inanimados. El ejemplo que ofrecen es

²¹ Si bien ya no como *ens*, la palabra *ser*, según Heidegger, es una palabra que se pre-comprende en toda lengua.

la condición femenina de las plantas y el género masculino de los árboles, en virtud de –según dicen– “la debilidad de aquellas y la fuerza y magnitud de éstos”.

El libro recalca la importancia y el peligro que conlleva un idioma dado, pues, sin saberlo, nos entrega operaciones analíticas anteriores al entendimiento. Contrariamente al idioma dado, el pensamiento según ideas se rige por un orden discursivo. La definición de lo que entienden por discurso es la siguiente:

Se llama construcción el orden en que se colocan las palabras en el discurso. (Marín y Varas, 1830: 40)

En el caso de la escritura alfabética, se examinan sus debilidades y sus virtudes. Nuestros autores parecen desfavorecer la escritura alfabética cuando dicen que el copista de un libro puede ignorar el original y “no saber representarlo”, no así el copista de jeroglíficos que, por fuerza, debe ser un buen retratista del original. Sin embargo, tal comparación es para confirmar a la escritura alfabética, ya que debido a sus caracteres poco numerosos presenta más facilidades para el pensamiento de ideas. En este aspecto, como en otros, el libro de Marín y Varas no hace más que repetir los argumentos eurocéntricos de Destutt de Tracy, quien entiende que el alfabeto no es una lengua particular; es la escritura común de todas las lenguas habladas, superior a la escritura china, mexicana, entre otras. Al respecto señala:

Voilà pourquoi les caractères alphabétiques sont si peu nombreux: il suffit qu'il y en ait assez pour redre toutes les intonations et les articulations de la voix humaine, au lieu qu'il y a autant de caractères chinois que nous avons de mots, parce qu'il en faut autant que d'idées différents. (De Tracy, 1827: 212)

Los comentarios analíticos de Destutt de Tracy, de Marín y Varas sobre los tipos de escritura y su relación con la lógica permiten recordar a Hegel, quien es uno de los

filósofos modernos, posterior a los ideólogos, que quiso desvincular el espíritu de la escritura alfabética por su secundariedad y servilismo. A la inversa de la presente reflexión, la lógica de Hegel ignoró la gramática para acceder a la historia.

No obstante la atención prestada a los detalles idiomáticos, los ideólogos acusan al lenguaje espontáneo de hacernos cometer graves errores al momento de querer asociar nuestras ideas. De partida, no nos permiten despegarnos de las verdades primitivas del sentimiento plasmadas en las palabras.²² El arte de pensar, preconizado en este sistema, aspira acceder a “verdades deducidas”. Por tal motivo se revisan todas las fuentes del error, en especial aquellos inducidos por el uso de metáforas espontáneas del lenguaje ordinario que conllevan asociaciones pre-lógicas.

En este tramo de las argumentaciones de nuestros autores, debe tenerse en cuenta que la lógica y la gramática forman parte de una operación de vigilancia que pretende depurarse de la espontaneidad de sus *tropos* para acceder, sin resistencias, a las asociaciones válidas: aquellas legitimadas por los criterios de certidumbre aceptados por los ideólogos. Asociaciones cuyo movimiento es doble, pues involucran a las facultades del distinguir y del asociar. Por una parte, se menciona el método analítico que se ejerce desde la observación. Por otra parte, se reconoce en el método sintético operaciones propiamente filosóficas que, partiendo de la observación, recurren a la memoria y a las verdades más generales para deducir verdades morales y científicas.

IV. El desacuerdo

Las discrepancias entre Marín y Varas, mencionadas al inicio de este artículo, son explicitadas en una “Nota” poco antes de finalizar el libro. En gran parte, la disputa se centra

²² En su estudio sobre la retórica antigua, Nietzsche inicia su reflexión indicando la divergencia entre los antiguos y los modernos respecto del planteamiento trópico del lenguaje. La diferencia más sustantiva subrayada por Nietzsche a partir de su lectura de Locke, es que los modernos prefieren ser “instruidos”, a diferencia de los antiguos que buscan ser “persuadidos”. Ver Nietzsche, *Escritos sobre retórica*. Madrid, Trotta, 2000.

en las operaciones lógicas puestas en juego al momento de asociar ideas. Las diferencias oscilan entre creer que existe una facultad especial que permite la asociación de ideas o bien juzgar que esta capacidad se activa mediante operaciones y reglas lógicas. El temor que manifiestan es a caer, por descuido, en empirismos ciegos, en idealismos especulativos o escepticismos anteriormente denunciados. Temen, asimismo, perder la cualidad que los inscribe en las “luces”, según nombran a la libertad de pensamiento, si es que no expresan sus disconformidades.

Sin formar parte de mis opciones teóricas, celebro algunos de los riesgos que asumen Marín y Varas en este libro. También, deben reconocerse las autoexigencias que no les permitió dejarse llevar –como ha sido usual en Chile– por las corrientes comentadas e instalarse en una contemplación refinada de las teorías aprendidas.²³ Sus radicalizaciones llegaron tan lejos que arriesgaron, según reconocieron, la unidad del libro. Las refutaciones mutuas los llevó a desbordarse y borrar el límite de las ideas. La disputa entre ambos mostró duplicidades, posturas paralelas que no quedaron zanjadas en las conciencia de los autores que, por lo general, se vuelca en la interioridad del habla del libro. Así, la responsabilidad de discernir con criterio cuál es la verdadera y la más cierta de las posturas expuestas la desplazaron a los lectores. De acuerdo a lo ocurrido, podría decirse que el libro ofrece un agujero que se abre o se cierra cuando alguien lo lee.

El segundo libro de Marín, titulado *Elementos de la filosofía del espíritu humano* (1834), si bien repite la construcción del primero, su contenido tiene un carácter sensato, erudito y absolutamente lineal. El comentario que Bello hizo en el diario *El Araucano*, destacó aquello que revela un “conocimiento profundo no de un sistema particular, sino de todas las sectas”. Bello valida que Marín haya elegido “los senderos más seguros y menos expuestos a inconvenientes”.²⁴

²³ Al referirse al pensamiento en Hispanoamérica, Oyarzún menciona las condiciones que inciden en los afanes especulativos que se han dado en América, facilitando de ese modo la imitación, el extranjerismo y la absorción postiza de las ideas más que una reflexión. Ver *El pensamiento de Lastarria*, ed. cit., p. 15.

²⁴ Bello, Andrés, *Obras Completas*. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación de Caracas, 1951.

Al parecer, los senderos recorridos en su segundo libro –esta vez por un Marín solitario– tienen que ver con un cambio en sus ideas. Desde el comienzo se despoja de lo que él llama su “exceso de sensualismo” (equivalente a ideología). La cita del Prólogo es la siguiente:

...entre éstos debo contar [se refiere a los nuevos autores leídos] particularmente las obras de Dugald Stewart que me iniciaron en la filosofía escocesa, a Royer Collard que purgó mis opiniones del exceso de sensualismo contraído con la lectura de Locke, Condillac y Destutt de Tracy, por último el célebre Cousin que acabó por confirmarme en el respeto con que siempre había mirado la doctrina del filósofo de Königsberg [así nombra a Kant], desde que me hallé capaz de concebir su alta importancia. (Marín, 1834: IV-V)

En tal sentido, elegir la propuesta ecléctica de Cousin es, como dice el mismo Bello, elegir a ninguna escuela en particular, conservando de ese modo la distancia debida respecto a cada una de ellas. La actitud distanciada propuesta por Bello se inspira en la concepción institucional de la filosofía asumida por Victor Cousin en Francia, quien desarrolla un planteamiento ecléctico de la filosofía en el contexto de la Restauración. Las ideas científicas se emancipan de la Iglesia en el contexto de la Revolución. Dicha secularización se reconvierte a una libertad vigilada bajo la Restauración. En este sentido, la institución universitaria se desarrolla en concordancia con un Estado que delimita el campo del saber autorizado y reglamenta el desarrollo de los conflictos del saber. Esta idea del saber es propiciada por un “mandarín letrado”, según fue denominado Cousin por sus pares. Se trata del filósofo oficial de la Restauración, principal refutador del sensualismo de Condillac y de las ideas democráticas de la Revolución Francesa, quien propone un “eclecticismo” referido a las ideas de Schelling y de Hegel. Desde el nuevo parámetro, la libertad del pensamiento resulta de “fuerzas contrarias” que no se pueden

absorber, siendo expuestas lineal y armoniosamente. Pese a que la institución admite un debate con argumentos rivales, la formación de la masa debe ajustarse a doctrinas saludables y ajustadas a verdades institucionales armoniosas.²⁵

Antes de finalizar, me gustaría agregar que el eclecticismo cousiniano, ejercido por Andrés Bello y Ventura Marín en su segundo libro, ha tenido efectos adversos en la institucionalidad filosófica establecida en Chile y en ciertos países de Latinoamérica. Carlos Ruiz ha dicho de Bello que su opción por el espiritualismo ecléctico, proveniente de Cousin y el “common sense” de la escuela escocesa, le permitieron asumir un gesto “conciliador” entre tendencias opuestas; actitud muy bien expresada en su famosa frase del discurso inaugural de la Universidad de Chile según la cual “las verdades de tocan”.²⁶

En la actualidad, muchos profesores y ensayistas de temas filosóficos, pese a que desconocen el antecedente filosófico y las estrategias políticas del eclecticismo, lo practican de modo ingenuo cuando desechan las diferencias y las rivalidades argumentales de quienes piensan y escriben. Dicha actitud también es recurrente en el ámbito de la historiografía y de la crítica literaria. Este gesto puede apreciarse cuando se concibe una historia lineal del pensamiento y de la cultura que presupone un sujeto trascendental apolítico y descontextualizado.

²⁵ El desarrollo del pensamiento ecléctico de Victor Cousin lo presenta Vermeren en: *Victor Cousin. Le jeu de la philosophie et de l'état*. París, L'Harmattan, 1995.

²⁶ Ver de Ruiz, Carlos, y Sánchez, Cecilia, “L'eclectismo cousinien dans los travaux de Ventura Marín et de Andrés Bello”, en: *Corpus* Nº 18-19, París, 1991, pp. 183-93.

Referencias bibliográficas

Amunátegui Solar, Domingo, *Los primeros años del Instituto Nacional*. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1889.

Ardao, Arturo, *Andrés Bello, filósofo*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1981.

Bello, Andrés, *Obras Completas*. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación de Caracas, 1951.

- De Tracy, Antoine-Louis Claude Desttut, *Éléments d'Idéologie, Seconde Partie, Grammaire*. Chez Madame Lévi, Libraire, Quai des Augustins, Nº25, 1825.
- Derrida, Jacques, *L'arqueologie du frivole. Lire a Condillac*. Paris, Bibliothèque Médiations, 1973.
- Francovich, Guillermo, *La filosofía en Bolivia*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1945.
- Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2002.
- Eco, Umberto, *La búsqueda de la lengua perfecta*. Barcelona, Crítica, 1999.
- Figuroa, Virgilio, *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico, 1800-1931*, Tomos IV - V. Santiago de Chile, Le Brun Zurita, San Francisco Nº 982, 1931.
- Heidegger, Martín, *Caminos de bosque*. Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- Jalíf, Clara Alicia, "La migración de las ideas: cuando la ideología cruzó el Atlántico". En: *Repensando el siglo XIX desde América latina y Francia. Homenaje al filósofo Arturo Andrés Roig*. Buenos Aires, ediciones Colihue, 2009.
- Kennedy, Emmet, "Aux origines de l'idéologie". En: *Corpus* Nº 26-27, 1994.
- Marín, Ventura, y Varas, Miguel, *Elementos de ideología*. Santiago de Chile, Imprenta de la Independencia, 1830.
- Marín, Ventura, *Elementos de la filosofía del espíritu humano*. Santiago de Chile, Imprenta de la Independencia, 1834.
- Nietzsche, Friedrich, *Escritos sobre retórica*. Madrid, Trotta, 2000.
- Oyarzún, Luis, *El pensamiento de Lastarria*. Santiago de Chile, Editorial Jurídica de Chile Nº 33, Vol. XXIII, 1953.
- Rama, Angel, *La ciudad letrada*. Santiago, Tajameres Editores, 2004.
- Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. Santiago de Chile, Cuarto Propio y Ediciones Callejón, 2003.
- Roig, Arturo Andrés, *Solar. Estudios Latinoamericanos*. Santiago de Chile, 1995.
- Sánchez, Cecilia, "Recepción, productividad y expatriación. Influencia anglo-francesa en el pensamiento de Ventura Marín". En: *Mapocho* Nº 34, 1993.
- Vattimo, Gianni, *El fin de la modernidad*. Barcelona, Gedisa Editorial, 1998.
- Vermeren, Patrice, *Victor Cousin. Le jeu de la philosophie et de l'état*. Paris, L'Harmattan, 1995.